

# Expedición Antares de Arturo Echeverri Mejía (1918-1964)

Felipe Restrepo David

*Para Alejandra, mi hermana*

Para un hombre de su naturaleza, la piel era el lugar de sus comprobaciones y, más exactamente, sus manos, directa conexión con el mundo. Si hay que justificar su expedición tendría que acudirse al misterioso mandato de lo que se ejecuta con determinación, así, de tajo. Como una poderosa descarga eléctrica: o mata o revive.

Sus colegas lo acompañaron con fidelidad, algunos hasta donde resistieron las fuerzas del cuerpo y del espíritu; sin embargo, él pudo haber recorrido ese río solo si hubiera conseguido construir el barco por sí mismo, pero sus manos no tenían cómo aguantar la tenacidad indomable de esa madera de la selva, más arisca que la de los bosques.

Arturo irradiaba una juventud de hierro, casi hosca si no fuera por sus maneras decimonónicas aprehendidas con obediencia en las severas escuelas antioqueñas. Fue así como a sus veintiséis años encaró el Amazonas para conocer su real rostro. El barco en el que navegó fue bautizado Antares, lo que no desdijo de su esencia mítica (el enemigo de Ares) pues tal expedición quizás no fue otra cosa que una batalla entre un hombre y un río.

No es necesario volver a contar lo que él vivió: cuando parecía que la oscuridad sin rostro ni voz fuera a tragarse al barco con su tripulación. Quien ha estado en la selva, en el corazón mismo de la temeridad y la sumisión frente a potencias que avasallan, sabe que de allí jamás

se sale victorioso y que el silencio, abismo sin eco, es la única forma de esa presencia ante nosotros: la noche.

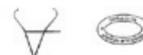
Arturo deseó un viaje que fuera un desafío sin concesiones, percibir el peligro y no esquivarlo aunque advirtiera la amenaza de la muerte, sentir el hambre desoladora que desgarrar el vientre como vacío que se expande, callar ante la enfermedad que todo la arrasa y llorar ante la pérdida de aquello que jamás puede volver a recuperarse; y, por obra y gracia del Amazonas, todo ello le fue concedido como cuando un dios clemente y severo gratifica a su invocador que pide con ansias aventura, intensidad y nuevos horizontes. Solo que esas les fueron otorgadas a Arturo con el vértigo y la zozobra de quien habita al borde del abismo.

Sin embargo, asimismo, le fueron concedidas las claras mañanas en que vislumbraba con sus compañeros las ciudades ribereñas que una tras otra se sucedían casi en persecución, las horas en las que le sintió el respiro a la noche y, finalmente, el mar: esa imagen de luz anhelada después del tedio y la quietud: las aguas lisas quedaban atrás. Por eso, cuando recibieron las olas impetuosas del Atlántico, en la desembocadura del río en el Pará brasileño, supieron que ellas eran el pulso de la vida que se manifestaba como un movimiento de celebración.

No fue solo su vida militar, entrega fervorosa a una sola potencia que es multiplicidad de Ares y Tanatos, sino que sus mismos anhelos de conquista, tanto del mundo cuanto de sí mismo (como el que intenta enjaular su propia



Expedición Mexicana, Antropometrías Aproximadas.  
252 x 157 x 144 mm. Sol Dos Sombrillas.



Alberto Baraya. Fotografías B&N. Edición 20 x 30 cm. 2013

bestia), fueron el destino del que no quería escapar. Es más, a ese destino entregó su vida casi en el sentido griego de cumplirlo como fatalidad, y con una concentración religiosa nacida de una voluntad monástica, militar.

Allí está él, adolescente, en su tierra natal de montañas, Rionegro, imaginando mil travesías como un aguerrido Crusoe; solo que, a diferencia de aquel, Arturo premeditaría su naufragio o, mejor, lo provocaría. Y esas pruebas fueron el sentido del tiempo por venir. El adulto en el que habrá de convertirse gastará sus días en alimentarse de ese instante decisivo en que su alma se templó. Este movimiento, que lleva toda una vida y que nada tiene de improvisado, es la perfecta realización de lo que para Francis Bacon era el viajero: del aprendizaje a la sabiduría, de la juventud a la vejez.

Así fue: hacerse viajero y luego escritor. Su cuerpo aporreado no era suficiente testigo de su tránsito por las tinieblas, ni mucho menos su desvencijado barco ni sus cansados y demacrados compañeros; nada de eso era suficiente para justificar el regreso. Había que confiar en la palabra para narrar los avatares de una singular y harto inusitada osadía para su tiempo:

A mediados de la década del cuarenta del siglo xx navegar desde Puerto Leguizamo, desde el río Putumayo, y por todo el Amazonas, hasta Belém do Pará para luego recorrer la costa atlántica venezolana hasta llegar al puerto de Cartagena meses después, en un barco artesanal construido y reparado mil veces por sus propios navegantes, aficionados marineros del ejército colombiano. Y narrar luego esa expedición en un libro que luego llevaría el nombre de *Antares*, como su barco.<sup>1</sup>

Cuando llegaron fueron llamados, justamente, con el nombre que ellos mismos se habían labrado durante tantos meses por un mar y dos ríos: héroes. Se trató de un nuevo bautizo en el que la propia mano unge el aceite en la frente. Así es como un hombre manipula su destino, así es como doble las fuerzas doblegándose él mismo ante ellas. Si triunfar es obtener lo que se quiere, entonces Arturo recibió lo esperado, ni más ni menos. Hay hombres para los que la derrota no es lo más digno, ya que anhelan para sí glorias que juzgan imperecederas, no fundadas en el trabajo silencioso y continuo sino en el sacrificio total, como el estallido de un volcán.

Al poco tiempo, como era de esperarse, él y sus compañeros fueron condecorados con la más alta distinción del gobierno colombiano: el reconocimiento oficial de la Cruz de Boyacá por su expedición. No sé si tal hazaña pretendía, además, ser la inspiración para otros ímpetus sedientos de heroísmo, el caso es que los tripulantes de Antares sintieron que su lugar, con legitimidad, ya empezaban a ocuparlo.

Lo cautivante es esa persistencia por enfrentar sin otra arma que su cuerpo a un dios que siempre se ha temido: la selva amazónica y su río, que a tantos arrebató el juicio. Una soberbia como la de Lope de Aguirre sucumbió ineluctablemente a esas aguas que son más misteriosas que las del inmenso mar, pues estas se ofrecen en la tormenta y en la serenidad mientras que aquellas nunca permiten que descifren su silencio y su espesa profundidad.

Para un griego de la era arcaica, la hazaña de Arturo sería una acción reprochable, pues toda ella, desde cualquier lugar que se la conciba, está colmada de *hybris*, de exceso, de desbordamiento irracional. Pero nosotros ya no somos griegos, aunque hayan perdurado en nuestras maneras de pensar; somos una inexplicable mezcla de siglos y de tiempos que confluyen en una misma corriente: la multiplicidad de

rostros de la modernidad, escurridiza armonía del horror y de la genialidad, paradójica celebración de la vida al igual que de su control y vigilancia. Por eso, creo, sus contemporáneos celebraron esta travesía.

Cómo serían los últimos años de Arturo: acaso dichosos en el recuerdo de lo vivido, cuando la piel mutó semejando la serpiente que busca la piedra áspera para frotar su ardor; o quizás como Simbad, que murió intentando apaciguar la nostalgia por esos siete mares sentidos o imaginados. El caso fue que él pudo navegar por un río que, por sí solo, vale por todos, y en cuyo turbio espejo presencié, por única y última vez, como en un misterioso acto mágico de la naturaleza, su propia humanidad en la carne desnuda de su cuerpo.

## Nota

- 1 Cuenta Alberto Aguirre, en el prólogo a la compilación *Novelas* (Colcultura, 1981) de Arturo Echeverri Mejía, que el “bote” medía 36 pies de eslora y desplazaba 8 toneladas, que fue construido solo con madera, en el dique de Puerto Leguízamo, con planos de “A.E.M.”, que sus tripulantes, además del “capitán Echeverri” y del “teniente Parra”, eran el “capitán retirado Agustín Smith” y el “marinero Bartolomé Cagua”, todos pertenecientes al ejército colombiano, y radicados por ese entonces en la base naval del Putumayo; que iniciaron la construcción en agosto de 1945 y que zarparon el 19 de mayo de 1946 y que llegaron a Cartagena el 26 de agosto de ese mismo año; que Antares recorrió 2.331 millas por agua dulce y 2.127 millas por mar... Y que para la época esa era la mayor navegación que un hombre “colombiano” hubiera hecho por río: ahí estuvo el motivo de reconocimiento por parte de la prensa y del gobierno colombianos. El libro, en el que se contaba la expedición, fue publicado en 1949 en Medellín, por la Casa de la Cultura, con prólogo de Carlos Castro Saavedra. Se tituló: *Antares. Del mar verde al mar de los caribes*. Con los años, en 1960, en un reportaje hecho por Óscar Hernández para *El Correo* de Medellín, Arturo declararía que *Antares*, como libro, no era más que un “pecado mortal, lleno de prejuicios y falsos conceptos”.

**Felipe Restrepo David** es doctor en Humanidades de la Universidad Eafit donde se desempeña como editor del Fondo Editorial.